

13. 9. 426

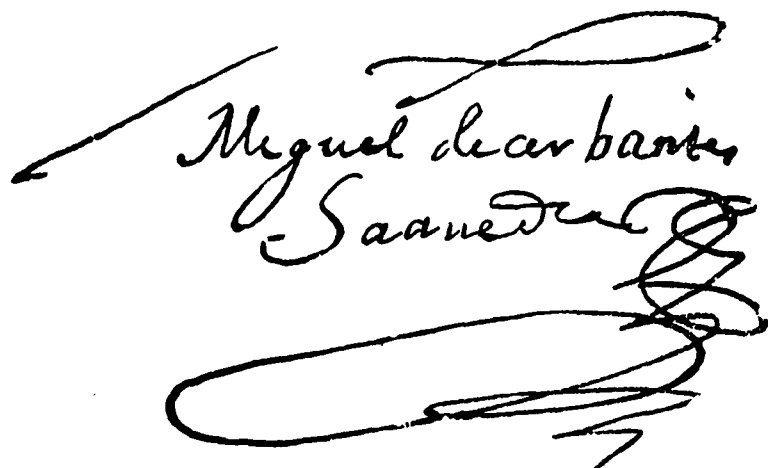


24441 (I)
24447 (II)

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

ALERTA SOBRE LA CRITICA

*Miguel de Arbaniz
Saavedra*



MADRID

1 9 5 3

PUBLICACIONES DE "REVISTA DE LITERATURA"

(Fasc. 6.—Abril-Junio de 1953.—Págs. 227 a 230)

EDICION ESPECIAL DE 25 EJEMPLARES
NUMERADOS,

EJEMPLAR NUM.1....

ALERTA SOBRE LA CRITICA

Aunque en contra se aduzcan teorías más o menos fantásticas, sin el menor fundamento científico, no ofrece la menor duda el que la crítica literaria, si se quiere que sea eficiente para formar una estética y un público—base principal e indiscutible de ella—ha de seguir dos normas metodológicas, sucesivamente, en el examen y estudio de la obra: la descomposición analítica y la valoración sintética. Si no, con la supresión de una o de otra, la labor creadora del crítico quedará reducida a una mera aportación de materiales inermes y amorfos que impedirán la visión que se busca o debía buscarse, o una especulación funambulesca, cuya inestabilidad hará dar en tierra, de improviso, a lo que parecía más firme.

Ha de reconocerse que desde la aparición de la crítica, más o menos filosofizante, del siglo XVIII, durante la centuria pasada, se ha abusado de una falsa sintetización, en que normas o afirmaciones a las cuales se daba extensión general, carecían de los cimientos imprescindibles, y al ir a buscarlos, han quedado sin el menor valor.

En la historia de la literatura, sin salirnos de la española, tenemos ejemplos bien significativos, como la caracterización topiquista de los dramaturgos del siglo de oro, al uso de nuestros temibles manuales, totalmente falsa a poco que se lean, o las críticas huecas

y retóricas, sin la menor pervivencia, de los Revilla y los Canalejas...

Hubo de ser Menéndez y Pelayo, como siempre, quien sentara las bases de la nueva crítica, que han dado a ésta, hasta nuestros días, y seguramente en los futuros—pese a sus detractores, pedantes, mentecatos o sectarios; no críticos, precisamente—esa vitalidad que nos sorprende por la exactitud y transparencia de sus aportaciones originalísimas, que no es ocasión de enumerar aquí, por lo archisabidas.

El dió a la crítica ese maravilloso equilibrio evolutivo del examen analítico a la censura sintética, aunque algunos malintencionados se afanan únicamente por considerarle, sin pruebas algunas, como el autor de grandes síntesis solamente, conseguidas con su intuición prodigiosa, que ahora deben de someterse a análisis, pero cuando se ha realizado, ha venido a coincidir su resultado con el de don Marcelino, quien continuamente leyendo y leyendo, para conservar en su memoria cuantos elementos analíticos conseguía de sus lecturas, pudo siempre, sobre ellos, con un rigor científico absoluto, crear—sí, crear, aunque algunos pazguatos y cursis sólo juzguen creación sus estólidos y ripiosos versos—esos maravillosos panoramas sintéticos, de colorido y líneas imborrables, que nos muestran diáfano el horizonte de nuestras letras...

Pero tras él la crítica, desdichadamente, ha variado. Con esfuerzo mecánico, con una cierta técnica de fichero, que suple fríamente, uniformemente, la memoria—sobria evocación y elegante selección—de Menéndez y Pelayo, se ha dedicado al análisis, dejando esta ruta de la crítica en una vía muerta, y a la vez se ha lanzado a perpetrar ensayos, sin tener en cuenta estos análisis, sino suponiéndolos, aunque no estén hechos, en sintéticas afirmaciones absolutamente ineficaces en su efímera existencia.

Es decir, que la crítica científica de la literatura, y aun la que pudiera reducirse a una mera reseña informativa, continúan, indistintamente, eligiendo a su capricho y posibilidades intelectuales, según los casos, la retórica hueca, sin bases auténticas, del siglo

pasado, como un remediavagos, sin importársele un ardite su inutilidad, y el análisis estadístico y afichero, con empaque pseudocientífico, que se reduce a amontonar una serie de ladrillos, sin que podamos sospechar qué edificio se intenta construir con ellos.

Conviene advertir, aunque, ya sobre aviso, lo advertirá el lector en cada caso, que el primer método—llamémoslo así—es el predilecto de los críticos del periodismo, cuyas afirmaciones casi nadie se ha de molestar en comprobar dentro del relámpago de su lectura en sitios o momentos tan poco propicios al análisis como el tranvía, o la peluquería, o la hora del desayuno precipitado, o la soñolienta sobremesa.

En cuanto al segundo, que aparenta ante la masa incauta ser el verdaderamente científico—y no lo es más que el otro en su quedarse a mitad de camino—se aplica, por su engañosa apariencia, con singular delectación. Sus características son dignas de observación por su comicidad bajo su aspecto serio y preocupado.

Para someter a una obra, sea la que fuere, a este sedicente método, es preciso ante todo aislarla históricamente para uniformar en una misma línea cuanto de ella se extraiga.

Quienes ejecutan este sistema camelístico tienen buen cuidado de afirmar, sin razonamiento alguno, que la obra literaria es ajena al ambiente en que se concibió y escribió.

Toda nuestra historia literaria prueba siempre lo contrario, y no es menester volver sobre ello; pero como los tales la ignoran de popa a proa—¡y se atreven, con su probada ignorancia, a juzgar obras de otros tiempos!—es más cómodo que estudiarla, convencer a cuatro papanatas de que no es preciso saber la historia de un país para juzgar su literatura, producto, naturalmente, de esa historia misma en todos los casos.

Ahora bien, una vez eliminados, con esta cerril opinión, los matices de realidad e imaginación, de sinceridad y de hipocresía, que, con otros varios, de raigambre histórica, permiten entrar verdaderamente en la biographie de l'oeuvre, tan justamente apreciada por la crítica francesa y europea, en general, la labor de arriero

de la crítica se simplifica: con buen asiento, silencio y quietud, como los de sus mentes, y un inmenso montón de fichas, que llenan uniformemente con su letra menuda y roñosa, que la grafología clasifica entre las peculiares de quienes se dedican a trabajos mecánicos de pluma, queda todo resuelto.

Y así es. Cuando ya la obra ha sido espigada en lo externo, su labor está ya casi concluída. Con un análisis tan superficial y falto de calidades críticas, el trabajo que resta—a falta de poder trazar una buena síntesis, que requeriría más finos materiales analíticos, y con más delicado pulimento y más exacta ponderación—es relativamente sencillo: se agrupan las fichas “grosso modo” por las afinidades más salientes de ellas, y cada montón constituirá un capítulo del amenazante libro; volviendo a reunir las envueltas en empalagosa prosa, con malogradas apetencias literarias y gran valoración compungida del pesado trabajo—¡y tan pesado!—que realizan.

Si para aclarar algo o cimentar sus afirmaciones es preciso llevar a cabo una investigación concienzuda, o al menos una serie de lecturas ampliatorias, como los susodichos ignoran, con la Historia y la Literatura, la Paleografía y la Bibliografía—¡loado sea el “Simón Díaz”, que va a ser su padre científico!—lo esquivan menospreciando tal trabajo, y de paso, para encubrir su camelancia, tan grata a bobos, lerdos o eruditos a la violeta, lanzan alguna resentida pulla a quienes lo hacen.

Alerta, pues, la juventud universitaria principalmente, contra esta crítica camelística, sin valor científico, que intentan hacerles tragar. No olviden que con ella no adquirirán nunca la sólida preparación que necesitarán en su vida intelectual para no ser el camelo que ellos son, y, en todo caso, sin prejuicios, analicen de verdad y comprueben, comprueben cómo esos análisis de fichero y esas conclusiones sin fundamento las rebaten ellos mismos, y se les desharán fulminantemente, como pompas de jabón: del aire que contienen y del “jabón” que dan para que se las admitan los profanos o, por conveniencia, algunos que no debieran serlo.

